

que un grupo reducidísimo de españoles pudiera dominar en un par de años a los experimentados y numerosísimos ejércitos incaicos?».⁸

Ante tal interrogante, caben dos tipos de respuesta. Una, la propia de todo eurocentrismo que toma su inspiración en principios culturales de superioridad absoluta; una muestra caricaturesca, entre otras muchas, es el título de una novela española, *Cuando los dioses nacían en Extremadura*, que plantea el dilema de la naturaleza excepcional sobrehumana, de hombres como Cortés y Pizarro. Si como anécdota el dato es revelador, desde el rigor histórico parece irrelevante que Francisco Pizarro fuese un bastardo y soldado de fortuna o un hidalgo militar de noble cuna y cristianas costumbres. La historia universal del colonialismo no está poblada por arquetipos quijotescos o seres angelicales. Otra posible respuesta, más racional, debe situarse en las coordenadas de las circunstancias concretas del territorio y de la población sometidos a sojuzgamiento y las técnicas empleadas para consumarlo de una manera rápida y eficaz. El Imperio de los Incas se encontraba en una fase de decadencia y de crisis agudizada por las guerras civiles; luchas armadas causantes de un cansancio en la población que, en cierta medida, ve en los españoles tanto un fin a sus penalidades como un instrumento para inclinar la balanza a un lado o a otro de los contendientes. En consecuencia, junto a la crueldad inherente a la conquista, también practicarán los colonialistas el divisionismo político. En los siete meses que los españoles pasan en Cajamarca, aparte la ejecución de Atahualpa, Tupac Huallpa es elegido nuevo Inca, mientras es conducido por los españoles en su marcha hacia El Cuzco; pero Tupac fallece durante el viaje, y Francisco Pizarro corona como nuevo Inca a Manco II. La coronación del soberano por las manos del ocupante extranjero es todo un símbolo de quién detenta el poder real o, al menos, se encuentra en condiciones de ejercerlo. Aunque en los años siguientes no faltarían las sublevaciones de los naturales, como la de Manco Capac en 1536, que sería muerto por los españoles en 1545, o motines como los de los mestizos en El Cuzco y Lima en el año 1567, o los combates contra los indios de Vilcamba, ya en 1572; muestras todas de que no faltaron resistencias a la presencia extraña, aunque las bases del antiguo poder ya estaban destruidas. En última instancia, el choque cultural y el poderío militar y económico, se impusieron fácilmente a un Imperio en su ocaso.

Habría que añadir, para completar la imagen de los primeros años de España en Perú, que, como no es ignorado, fueron numerosos los conflictos entre los camaradas de la conquista y entre éstos y la propia Corona. Primero, las pendencias internas, jalonadas por una serie de guerras intestinas y esmaltadas por un rosario de ajustes de cuentas, venganzas familiares y asesinatos. Muy prontamente se enfrentaron los antiguos expedicionarios, descontentos por el reparto de las tierras conquistadas. En 1536, Diego Almagro, el Viejo, se apoderaba de El Cuzco y encarcelaba a Hernando Pizarro, que, cuatro años después, en 1540, ajusticiaría en la horca al mismo Almagro. Las luchas entre pizarristas y almagristas durarían algún tiempo. Francisco Pizarro sería asesinado por los seguidores de Almagro el Mozo, en 1541, que, a su vez, en 1542, derrotado en la batalla de Chupas, sería ajusticiado por orden de Vaca de Castro. Pero es en el año 1543 cuando estalla el conflicto más grave, el contencioso más significati-

⁸ Alcina Franch, J., «Españoles e indios en Suramérica», Historia 16, XI, octubre, 1979, pág. 6.

vo, que enfrenta a conquistadores y colonos con el poder de la Corona, al crearse el Virreinato del Perú y, un año antes, ser promulgadas las Nuevas Leyes de Indias. En 1544 comienza en Perú la rebelión pizarrista, impulsada por el descontento de los encomenderos ante las disposiciones restrictivas del Emperador; el asesinato del Virrey Blasco Núñez Vela obliga a la Corona a enviar un Pacificador, con tal título, en la persona de Pedro de La Gasca. La revuelta encomendera era amenazadora, ya que su cabecilla, Gonzalo Pizarro, se había autodesignado «Príncipe del Perú», en una derivación lógica de la pervivencia feudal y de los principios señoriales que los conquistadores habían llevado con ellos. Se trataba de un auténtico conflicto político y económico el que enfrentaba a los encomenderos con la Corona y que podía haber desembocado en una verdadera secesión. La rebelión terminaba con la derrota de Gonzalo Pizarro, en 1548, en la batalla de Sacsahuana (Xaquisaguana); derrota sellada con su decapitación por instrucción de La Gasca. En el orden práctico, económico y social, los encomenderos seguirían disfrutando del régimen laboral sobre los indios en el que se fundamentaba su poderío. Con el fin de estas luchas concluía el período de la conquista, de forma harto sanguinaria para sus protagonistas más diversos, y comenzaba la etapa de la administración real y la consolidación de la clase o estamento criollo. Posiblemente, la fecha más significativa a estos efectos y los de la pacificación, sería la de 1551, año de fundación de la Universidad de San Marcos de Lima.

Pero ¿a qué país habían llegado aquellos españoles, andaluces y extremeños en su mayoría? Un significado historiador español ha escrito a este respecto unas palabras que simbolizan, en el entorno del choque cultural, la fascinación que el vencido ejercía sobre el vencedor y que, por lo demás, se registran en buena parte de los cronistas contemporáneos de la conquista y de la colonización: «La historia de los incas es una de las muestras más asombrosas de la capacidad conquistadora y organizadora de un pueblo, ellos crearon en poco menos de doscientos años uno de los imperios territoriales más amplios que la carrera de la Humanidad ha conocido.»⁹ En su apoyo, el autor citado recoge la conocidísima opinión de Baudin, que calificó el Imperio Inca con el término de socialista, aunque Ballesteros se incline más a favor del que, como él mismo reconoce, un tanto extrapoladamente, configura como un socialismo de Estado. En cualquier caso, estas opiniones, por otra parte muy generalizadas y sustentadas en la observación de una determinada práctica estatal, abonan la calidad del desarrollo alcanzado por los incas cuando se produjo la arribada de los españoles y la agresión de la conquista.

a) La sociedad preincaica

Ahora bien, este esplendoroso Imperio Inca, edificado en menos de dos centurias, se había alzado sobre una sociedad anterior que, lógicamente, se encontraba en una fase de desarrollo más primario, rasgo que es subrayado fuertemente por los cronistas

⁹ Ballesteros Gaibrois, M., Ob. cit., pág. 73.

para, entre otras cosas, poder así mejor realzar a los incas. Garcilaso de la vega, llamado El Inca, mestizo, en sus *Comentarios Reales* recuerda gráficamente aquella sociedad primitiva.¹⁰ Valga como advertencia que, de ahora en adelante, nos serviremos de estas fuentes originales, de primera mano, como más orientadores y formativos de opinión dejando de lado polémicas ocasionales dispersadoras del tema central de referencia.

El Inca Garcilaso pone su empeño en subrayar el estado de barbarie en que vivían las comunidades preincaicas. Para ello, fija su atención en dos cuestiones que le parecen básicas: el primitivismo de su religión y la barbarie de sus costumbres. Con respecto a lo primero, detalla la elementalidad de los dioses que adoraban como signo o señal de lo sobrenatural, de lo desconocido, o de aquello que por su cotidianeidad se invocaba su favor: «Y así adoraban yerbas, plantas, flores, árboles de todas suertes, cerros altos, grandes peñas y los resquicios de ellas, cuevas hondas, guijarros y piedrecitas, las que en los ríos y arroyos hallaban, de diversos colores, como el jaspe (...), adoraban a diversos animales.»¹¹ Aunque el mismo Garcilaso, con su natural benevolencia, también apuntaba algunos grados superiores en este natural panteísmo.¹² Pero ante lo que el cronista no muestra signo alguno de simpatía, es cuando procede a la enumeración de ciertas costumbres reputadas de bárbaras y salvajes, en concreto el canibalismo. Recuérdese, por lo demás, que esta falta sería luego imputada a otros pueblos para justificar la tarea colonizadora. La acusación es rotunda: «Conforme a la vileza y bajeza de sus dioses eran también la crueldad y barbarie de los sacrificios de aquella antigua idolatría, pues sin las demás cosas comunes, animales y mieses, sacrificaban hombres y mujeres de todas edades, de los que cautivaban en las guerras que unos a otros se hacían. Y en algunas naciones fue tan inhumana esta crueldad que excedió a la de las fieras, porque llegó a no contentarse con sacrificar los enemigos cautivos, sino sus propios hijos en tales o cuales necesidades.»¹³ No faltan en la queja de Garcilaso descripciones de gran realismo, no desprovistas de una cierta belleza.¹⁴ Pero, al margen de estas observaciones, lo que sí interesa destacar es cómo el cronista se cuida muy bien de exculpar de esta más que posible acusación a sus antepasados maternos, los incas,

¹⁰ El Inca Garcilaso de la Vega, nacido en El Cuzco en 1539, y muerto en Córdoba en 1616, añora vivamente la sociedad de sus antepasados: «De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes, lloraban sus Reyes muertos, enajenado su Imperio y acabada su República, etcétera. Esta y otras semejantes pláticas tenían los Incas, y Fallas, en sus visitas, y con la memoria del bien perdido, siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: Trocósenos el reinar en vasallaje.» El Inca Garcilaso trata de dar respuesta a estas preguntas: «¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas?, ¿quién fue el primero de vuestros Incas?, ¿cómo se llamó?, ¿qué origen tuvo su linaje?, ¿de qué manera empezó a reinar?, ¿con qué gente y armas conquistó este grande Imperio?, ¿qué origen tuvieron vuestras hazañas?» (Garcilaso de la Vega, *El Inca*, *Comentarios Reales*, Edic. de J. de la Riva Agüero, México, 1984, Libro I, Capítulo XV, pág. 29.)

¹¹ Garcilaso de la Vega, *el Inca*, *Comentarios...*, Ob. cit., Libro I, Capítulo IX, pág. 21.

¹² Garcilaso de la Vega, *el Inca* Ob. cit., Libro I, Capítulo X, pág. 22: «Otros muchos indios hubo de diversas naciones, en aquella primera edad, que escogieron sus dioses con alguna más consideración que los pasados, porque adoraban algunas cosas de las cuales recibían algún provecho, como los que adoraban las fuentes caudalosas y ríos grandes, por decir que les daban agua para regar sus sementeras.»

¹³ Garcilaso de la Vega, *El Inca*, Ob. cit., Libro I, Capítulo XI, pág. 23.

¹⁴ Garcilaso de la Vega, *el Inca*, Ob. cit., Libro I, Capítulo XII, pág. 25: «En muchas provincias fueron amísimos de carne humana y tan golosos que antes de acabarse de morir el indio que mataban, le bebían la sangre por la herida que le habían dado, y lo mismo hacían cuando lo iban descuartizando, que chupaban la sangre y se lamían las manos, porque no se perdiese gota de ella. Tuviron carnicerías públicas de carne humana; de las tripas hacían morcillas y longanizas, hinchándolas de carne por no perderlas.»